

# **COLOMBIANOS ILUSTRES: BIOGRAFÍAS, CIENCIA Y NACIÓN / Colombianos ilustres: Biographies, Science and Nation / Colombianos Ilustres: Biografias, ciência e nação**

## **Natalia Masullo Jiménez**

Historiadora, Pontificia Universidad Javeriana. Miembro del grupo de investigación "Saberes, poderes y culturas en Colombia. Siglo XIX".  
Correo electrónico: nataliamasullo@gmail.com  
Artículo resultado de la investigación realizada en el año 2007 con la beca "Jóvenes investigadores" de la Vicerrectoría Académica de la Universidad Javeriana, bajo la tutoría de Óscar Saldarriaga.

## **Resumen**

El tema general en el que se inscribe el presente artículo es el género biográfico en Colombia, en el siglo XIX y XX. Bajo la hipótesis de que con la incursión de los conocimientos "científicos", principalmente de fundamento biológico, se empezó a pensar de manera diferente el hombre y su historia, se busca explorar cómo este cambio repercute en la escritura de las biografías. A partir del análisis del discurso de un caso particular se plantea que el propósito de las biografías deja de ser eminentemente edificante, para mostrar también pretensiones de un ensayo "científico". Para demostrar dicha hipótesis trabajé con la colección de biografías titulada Colombianos ilustres, editada por la Academia Nacional de Historia y compilada por Rafael María Ortiz en cinco tomos desde el año 1916 a 1929.

## **Palabras clave autor:**

Historia siglo XIX, biografías, saberes científicos, discursos, héroes nacionales.

## **Palabras clave descriptor:**

Análisis del discurso, Colombia-Historia, Siglos XIX-XX, Biografías.

## **Abstract**

The general subject to which this article belongs is the biographic genre in Colombia along the late XIX y XX. The following hypothesis underlies this work: with the introduction of knowledges with biological basis, the way in which Man and its history were approached started to change considerably. Given this, the present article aims to explore how this change rebounded in the way biographies were written and understood. From the speech analysis of a particular case of study, we set out that since that period of time, biographies, rather than mere narrative and edifying texts, began to be established in more methodical and "scientific" terms. For developing the former hypothesis, the author worked on a collection of biographies, Colombianos Ilustres, edited by the Academia Nacional de Historia of Colombia and compiled by Rafael María Ortiz in five different volumes from 1916 to 1929.

## **Key words thors:**

XIXth Century History, biographies, experimental knowledges, discourses, national heroes.

## **Key words plus:**

Discourse analysis, Colombia-History, 19th-20th centuries, Biographies.

## **Resumo**

O tema geral no qual se inscreve o presente artigo é o gênero biográfico na Colômbia no século XIX e XX. O artigo se desenvolve sob a hipótese que com a inclusão dos conhecimentos 'científicos', principalmente de fundamento biológico, começou-se a pensar de maneira diferente sobre o homem e sua história. Busca-se explorar como esta mudança repercute na escritura das biografias. A partir da análise do discurso de um caso em particular, se argumenta que o propósito das biografias deixa de ser eminentemente edificante para mostrar também pretensões de uma resenha "científica." Para demonstrar tal hipótese, trabalhei com a coleção de biografias, Colombianos Ilustres, editada pela Academia Nacional de Historia e compilada por Rafael Maria Ortiz em cinco números de 1916 a 1929.

## **Palavras-chave:**

Historia século XIX, biografias, saberes científicos, discursos, heróis nacionais.

## **Palavras descritivas:**

Discourse analysis, Colômbia-história, siglos XIX-XX, biografias

En Colombia, en las dos últimas décadas del siglo XIX y tres primeras del XX, se vivió el ingreso de saberes experimentales sobre el hombre y la sociedad, saberes como la biología, la medicina, la fisiología, la psicología y la sociología. Debido a esto, el hombre, la sociedad, la historia y la nación se empezaron a pensar de una manera diferente, a través de nociones de fundamento biológico: organismo y medio, leyes biológicas, progreso, raza y especie. El presente artículo tiene como objetivo mostrar, a partir de una colección de biografías, cómo con la incursión de estos saberes el género biográfico, planteado hasta entonces como una escritura puramente narrativa y edificante, comenzó a establecerse también como un escrito metódico y científico.

### Una colección de hombres ilustres

*Colombianos ilustres. Estudios y obras* es una colección de 39 biografías escritas por diferentes autores y publicadas en cinco tomos entre 1916 y 1929. Rafael María Mesa Ortiz, su compilador, con el aval y derechos de publicación de la Academia Colombiana de Historia, buscaba “enaltecer la siempre gloriosa tierra colombiana” con “estudios y biografías de aquellos compatriotas que se señalaron por altos hechos en los diversos campos de la actividad humana –la política, la religión, la milicia, las letras, las ciencias, las bellas artes” (Mesa 1916, XXVII). Para ello se propuso dos tareas: hacer una selección de biografías ya publicadas en la prensa colombiana y encomendar a reconocidos literatos e historiadores del país la escritura de otras.

*Colombianos ilustres* es una fuente valiosa para analizar la historia de Colombia de finales del siglo XIX y principios del XX. Esta obra es representativa de un proyecto intelectual y político de unidad nacional, durante un período de fuertes divisiones políticas y de aceleramiento de la modernización urbana y social del país. Y es también manifestación de una práctica cultural y de sociabilidad que se extendió en la época: las biografías, uno de los más recurrentes géneros –si no el más– en la prensa colombiana de dicho período.

La colección no fue un proyecto estatal por sí mismo, pues se gestó por la iniciativa de un hombre que no estaba vinculado directamente a cargos públicos; no obstante, es evidente el trasfondo político e institucional de un documento que nace en el interior de la Academia Colombiana de Historia en dicho momento histórico.

Los cinco tomos de la colección fueron publicados durante la llamada Hegemonía Conservadora, un período (1903-1930) marcado por fuertes enfrentamientos –y menos fuertes intentos de conciliación– entre los partidos políticos Liberal y Conservador: el primer y segundo tomo fueron publicados durante el gobierno de José Vicente Concha (1914-1918); después de dos administraciones –las de Rafael Reyes (1904-1909) y Carlos E. Restrepo (1910-1914)–, que habían buscado dar mayor participación a los sectores liberales, se cortó con las tendencias moderadas, y si bien se incluyó “una representación liberal en el alto gobierno, el partido en el poder reasumió la tradición de mandato del conservatismo. Fue un gobierno que suscitó frecuentes protestas políticas y sociales, en el que floreció el sectarismo clerical de la Iglesia.

Los tomos tercero, cuarto y quinto de la colección fueron publicados durante las presidencias de Marco Fidel Suárez (1918-1921), Jorge Holguín (1921-1922), Pedro Nel Ospina (1922-1926) y Miguel Abadía Méndez (1926-1930), lapso en el que se mantuvo la tendencia a acentuar la posición hegemónica del Partido Conservador, reavivando así las rivalidades interpartidistas. Pero la situación política no llegó a niveles extremos, puesto que los gobiernos conservadores respetaron los derechos elementales de libertad de prensa y expresión y mantuvieron una representatividad liberal, aunque minoritaria. En este período, el liberalismo no solo reforzó su oposición, sino que ganó adeptos entre la población urbana. En 1930 volvió al poder.

### **Colombianos ilustres: un proyecto original y único**

La colección fue presentada por la Academia Nacional de Historia como un proyecto original y único por tres razones: por reunir personajes de

los dos partidos políticos en pugna, porque las biografías compiladas eran escritas por diferentes autores de ambos partidos y por ocuparse de los “prohombres”, a quienes se había dejado de lado por estudiar a los próceres.

El aspecto más definitorio de la colección, y en el que se hacía mayor énfasis, era el de reunir a la nación colombiana en el homenaje a los “grandes hombres” de su historia, “sin importar su credo político”. En medio de una fuerte polarización partidista, y tras pasar por numerosas guerras civiles, el “estudio de la vida de los prohombres” aparecía como un “óptimo lazo de unión”. Con *Colombianos ilustres* se buscaba “crear una nación” por encima de las diferencias partidistas, para lo que se recurría a los hombres que en el pasado habían hecho algo por la patria. El estudio de estos personajes se debía hacer de manera “discreta” y “razonada”, pero la contradicción del proyecto se hacía evidente de inmediato, puesto que ellos también habían sido defensores de un partido político y habían luchado por su beneficio. Muchos de los biógrafos de la colección señalaron que, gracias a encontrarse en un momento social y político diferente al que estudiaban, podían ser “justos e imparciales con el adversario” y ver el legado que estos políticos habían dejado para la nación. El liberal Antonio Gómez Restrepo,<sup>1</sup> en el prólogo del primer tomo, ilustra esa idea:

*En épocas como la presente, de solidificación gradual y lenta nacionalidad, combatida durante el siglo por frecuentes y recias convulsiones, la admiración razonada y discreta de los grandes hombres, establece un lazo de unión entre individuos pertenecientes a distintas agrupaciones políticas, pero que sienten el amor de la patria, de la madre común, que ofrece sombra protectora a todos sus hijos. Por encima de las disensiones del momento, podemos unirnos en el culto de los muertos gloriosos, y acostumbrados a ser justos e imparciales con el adversario, celebrando en los luchadores del pasado, la parte positiva de su labor, es decir, todo aquello en que se manifiesta una idea benéfica, una noble intención; todo rasgo de desinterés y de patriotismo; todo destello de ingenio; cuanto*

1 Antonio Gómez Restrepo (1869-?) colaboró en el Anuario de la Academia Colombiana, en la Revista del Rosario, en El Nuevo Tiempo Literario, en Cromos y El Gráfico. Obras: Apuntes de literatura (1894); Memorias de Relaciones Exteriores de 1898 a 1923; La literatura colombiana; Bogotá, estudio histórico, y Ecos perdidos, una colección de poesías.

*contribuye, en fin, a realzar la naturaleza moral y dignificar una raza* (Mesa 1916, XXVII).

Se señalaba también que la colección era única porque compilaba biografías de diferentes autores, literatos e historiadores muy reconocidos en el país. Al respecto, se decía que “tiene la ventaja de contener trabajos de diversas plumas, lo que hará de su galería una especie de antología de la prosa colombiana, muy valiosa desde el punto de vista literario” (XXVII). Para esta investigación esta característica constituyó un elemento de gran utilidad, pues la colección fue presentada como un muestreo de diferentes biografías de un período.

Por último, se decía que era novedosa por tratar a una serie de “grandes hombres” de la historia colombiana que aún no habían sido estudiados: los “prohombres”. Se hacía énfasis en que estos “grandes hombres” de la historia, si bien no se hicieron célebres por actos heroicos, gracias a su conocimiento “dejaron un legado a su patria e hicieron mucho por su porvenir”. Hacían parte de la generación posterior a la de los próceres de la Independencia y eran reconocidos por sus compatriotas no por su desempeño en el campo de batalla, sino por su legado al país en el campo de las letras, la economía, la medicina, la educación y las ciencias.

Estos esfuerzos biográficos estaban sostenidos por la idea de que ciertos “individuos notables” podían cambiar el curso de los acontecimientos y determinar el desarrollo de las naciones. Con frecuencia se citaba a Lamartine para señalar que “la historia de los pueblos es la historia de sus grandes hombres”. Gómez Restrepo, en 1916, señalaba al respecto:

*Cada rasgo de la vida de un hombre notable puede imprimir nuevo rumbo en el curso de ciertos acontecimientos y determinar los cambios favorables o adversos que las naciones van experimentando en su desarrollo. De aquí que sea tan importante conocer la índole de esos personajes para hallar la causa de las mutaciones y las vicisitudes de los pueblos en donde ellos predominaron* (Mesa 1916, XVIII).

Un año después, un comentarista de colección afirmaba también, respecto a los “hombres eminentes” y

su acción en la historia: “Aun sin dar su nombre al siglo, cada hombre eminente domina, con mayor o menor intensidad y durante cierto período de tiempo, el campo de acción a que pertenece el rodaje de la actividad humana en que se ejercita su inteligencia” (XIX).

De ello se deducía que, para entender la historia patria, era necesario estudiar a sus “grandes hombres”. Por su parte, Pedro María Ibáñez y José Joaquín Guerra, historiadores académicos, al presentar la propuesta de Mesa Ortiz ante la Academia Nacional de Historia, se atrevieron a afirmar que la historia de Colombia solo se había escrito hasta la mitad, pues únicamente se había trabajado sobre los próceres. Ahora bien, trabajar sobre los personajes destacados de la República no era tan sencillo, e Ibáñez y Guerra señalaban que el estudio de los “prohombres” suponía sus dificultades y que su tratamiento tenía que ser diferente al que se daba a los próceres:

*Mucho se ha escrito, acaso todo ya (sic), sobre los próceres más eminentes de la independencia. Nada, o casi nada, sobre los prohombres de la República. Y es porque para hablar de los primeros no hay escollos: todo en su vida es grandioso [...] Para hablar de los segundos toda cautela es poca; ya las divisiones políticas dan al relato tintes de amargura; la pluma tropieza a cada paso; el temor de herir susceptibilidades la detiene; se pierde en rodeos para descubrir a medias la verdad (Mesa 1916, XVIII).*

Estudiar a los “prohombres” de la historia de Colombia tenía un doble interés: no solo escribir la historia patria, sino también edificar moralmente a los colombianos, especialmente a los jóvenes. Cuando se hacía referencia al valor pedagógico de la biografía se señalaba que era a los “prohombres” a quienes se debía dedicar el escrito biográfico, pues era de ellos de quienes debían aprender las nuevas generaciones. En 1929, Nicolás Bayona Posada, al resaltar el elemento edificante de la biografía, señalaba que los modelos que necesitaban los hombres de su presente ya no eran los mismos que adoptaron los “héroes de la independencia”:

*Es cosa averiguada, y que por sabida callamos, la influencia ejercida por las Vidas Paralelas de Plutarco en los héroes de nuestra epopeya emancipadora. Hoy, sin embargo, las Vidas Paralelas no surten el mismo ejemplo que antes. Los cambios sustanciales que se han sucedido en las costumbres y en los caracteres exigen otros modelos: hombres que lleven levita o americana en vez del manto clásico y que hablen de Colombia en castellano en vez de ponderarnos las bellezas del paganismo en griego o en latín (Mesa 1916, XI).*

Es así como los biógrafos colombianos de este período señalaban que a sus compatriotas se les debían brindar modelos acordes a las necesidades de su país, pues los clásicos habían dejado de ser los ejemplos apropiados. Asimismo, se señalaba que los escritos de los griegos y los romanos tampoco constituían un modelo para la escritura de las biografías. Julio Calcaño, en 1918, en la Carta Prólogo del primer tomo señalaba:

*Cierto es que la biografía no ha sido siempre lo que es ahora, y que pocos géneros literarios han variado tanto (sic) en el transcurso de los tiempos. En la antigüedad fue como parte y complemento de la historia; y como los emperadores, reyes y magnates lo eran todo, la biografía se aplicaba al estudio de los actos de su vida. Hoy es distinto: la vida de un poeta o de un guerrero, de un estadista o de un sabio, de un benefactor o de un gran ciudadano, es estudiada individualmente aún en sus más pequeños pormenores, y debe comprender no sólo todos los actos personales sino asimismo el carácter y la psicología del individuo, y lo que puede o no haber heredado de sus progenitores, porque todo esto obra en el hombre y en la historia. Antes no era así, y éramos como esclavos de griegos y romanos (Mesa 1916, VIII)*

Estos “nuevos” biógrafos veían un nuevo panorama, pues si bien en el pasado la biografía había estado dedicada a las personas de indudable influjo histórico, en el presente la biografía contaba con un horizonte más amplio para escoger a sus protagonistas. En 1910, Francisco José Urrutia, en el prólogo del *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*, desde la idea de progreso y evolución, postulaba que el objeto de estudio de la biografía ya no se limitaba a los hombres públicos de alto rango:

*Los escritores antiguos reservaban las biografías para los reyes, los conquistadores, los más ilustres magistrados, para aquellos hombres cuya acción sobre los destinos pudiera reputarse incontestable. [...] La historia y la filosofía de la historia, en su evolución progresiva han generalizado los métodos antiguos, y la biografía, la anécdota misma, vienen a ser hoy como arroyos cuyas aguas llegan de variados orígenes a aportar caudal constante al cauce de la historia (Urrutia, "Prólogo" VII).*

Es así como los biógrafos colombianos del período estudiado, al ver la necesidad de desligarse no solo de los modelos de escritura de las biografías de griegos y romanos, sino también de los modelos de hombre que estas promovían, construyeron un estilo propio de escritura, con un modelo nuevo de hombre acorde a las necesidades de los colombianos y del momento que estaban viviendo.

#### Los "hombres ilustres" de la colección

Como lo señala Mesa, los personajes estudiados en la colección se desempeñaron en diversos campos del conocimiento. En el primer tomo, publicado en 1916, encontramos a los poetas conservadores José Joaquín Ortiz y Diego Fallón, al literato conservador Enrique Álvarez Bonilla, al historiador José Manuel Restrepo, al publicista Miguel Samper, al escritor, político y educador conservador Manuel Ancízar, al presidente conservador Joaquín Mosquera y al político liberal Luis A. Robles. En el segundo tomo, publicado en 1917, se estudia al presbítero Francisco Margallo, al periodista liberal José Camacho Carrizosa, al conservador Ruperto S. Gómez, al médico liberal José Félix Merizalde, al historiador José María Quijano, al poeta liberal José David Guarrín y al poeta conservador Gregorio Gutiérrez González.

En el tercer tomo, de 1919, se publica la biografía del estadista liberal Salvador Camacho Roldán, del liberal Enrique Álvarez Henao, del obispo Rafael Celedón, y del liberal Anselmo Pineda. En 1922, en el cuarto tomo, se estudia al presidente conservador Mariano Ospina, al liberal Roberto Suárez, al conservador Bartolomé Calvo, al científico Julio A. Garavito y al hermano

cristiano Luis Gonzaga. En 1929, el quinto tomo se ocupa del liberal Vicente Azuero, del religioso Ricardo Carrasquilla, del liberal José Padilla, de Ángel Cuervo, y del historiador conservador José Manuel Groot. Asimismo, en los cinco tomos encontramos biografías de próceres de la Independencia, como José Gabriel Peña y Valencia, Antonio Ricaurte y Lozano, Julio Arboleda, José Fernández Madrid, José Concha, José Ignacio Ricaurte Lozano, Fernando Serrano, Pedro Justo Berrío, Policarpa Salavarrieta y Pedro Pascasio Martínez.

#### Los biógrafos

Entre los autores de las biografías se encuentran reconocidos personajes de la época. En el primer tomo escriben José M. Samper, los conservadores Rafael M. Carrasquilla, José Manuel Marroquín, Carlos Martínez Silva, José Joaquín Casas, J. D. Monsalve, el liberal Antonio José Iregui, Jorge Álvarez Lleras y Guillermo Valencia. En el segundo tomo fueron publicados los trabajos del nacionalista Miguel Antonio Caro, de los conservadores José Manuel Marroquín, J. D. Monsalve, José María Cordovez Moure, Lorenzo Marroquín, y de los liberales Eduardo Rodríguez Piñeres y Antonio Gómez Restrepo, así como los de Ozías S. Rubio, Pedro M. Ibáñez, Pedro Gómez Corena, Rafael Escobar Roa y Arturo Quijano. El tercer tomo estuvo a cargo de Antonio José Iregui (liberal), Jorge Bayona Posada, Eduardo Zuleta, José Manuel Manjarrés (conservador), Adolfo León Gómez y Belisario Matos Hurtado. En el cuarto tomo encontramos al reconocido biógrafo Estanislao Gómez Barrientos, y a Daniel Arias Argáez, Gustavo Arboleda, Jorge Álvarez Lleras, Juan Crisóstomo García y Luis Febres Cordero. Los autores del quinto tomo son Eduardo Posada, Fabio Lozano y Lozano, José Manuel Marroquín, Rafael María Carrasquilla, Enrique Otero D'Acosta, R. J. Cuervo, Miguel Antonio Caro y Ramón C. Correa.

#### Las biografías de la colección

La colección *Colombianos ilustres* cuenta con 39 biografías. La gran mayoría de ellas, 21, habían

sido publicadas previamente en diferentes revistas, periódicos, separatas y libros. De solo cinco sabemos que fueron escritas para la colección; de las 16 restantes, no se sabe si fueron elaboradas especialmente para esta y tampoco se pudo comprobar si fueron publicadas antes. De las 21 biografías anteriormente publicadas, 10 fueron escritas para la prensa colombiana: una apareció en una separata del periódico *El Tiempo* y nueve fueron escritas para revistas: cuatro para el *Boletín de Historia y Antigüedades* (revista de la Academia Colombiana de Historia), dos para la *Revista de la Instrucción Pública de Colombia*, dos para el *Repertorio Colombiano* y dos para la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Otras cinco biografías aparecieron como parte de libros: cuatro como introducción o nota biográfica de los mismos, y una como parte de una compilación de biografías. Otras dos fueron impresas como folletos y otra es un discurso que publicó la Imprenta del Departamento de Antioquia.

Sus fechas de publicación son igualmente dispersas; solo se sabe con exactitud la fecha de redacción de 21, escritas entre 1873 y 1921. De las biografías fechadas y de las que es posible encontrar una fecha aproximada, se puede establecer que: una fue escrita entre 1870 y 1879, tres entre 1880 y 1889, tres 1890 y 1899, tres entre 1900 y 1909, 15 entre 1910 y 1919, y tres entre 1920 y 1929. La extensión de las biografías de la colección es asimismo heterogénea: oscila entre 8 y 233 páginas cada una. El 66% —es decir, 26— tienen entre 5 y 50 páginas, nueve tienen entre 51 y 100 páginas, dos entre 101 y 150 páginas, y las dos restantes entre 151 y 200, y entre 201 y 250, respectivamente.

La diversidad de lugares de publicación y los distintos momentos en que fueron escritas las biografías explican las diferencias en extensión, estructura, narración, propuesta, etc. Algunas, como la de Miguel Samper, escrita por Carlos Martínez Silva, o la de Policarpa Salavarrieta, por Eduardo Posada, aparecen en la colección divididas en apartes, pues se las había publicado previamente en diferentes ediciones de las revistas *Repertorio Colombiano* y *Boletín de Historia y Antigüedades*. Otras biografías, como la de Luis A. Robles y Salvador Camacho Roldán, escritas por Antonio

José Iregui, se destacan dentro de la colección por ser muy estructuradas, extensas y densas en contenido; fueron escritas para ser publicadas individualmente dentro de un “proyecto liberal” de homenaje a sus representantes durante la llamada Hegemonía Conservadora.

Biografías como la de Julio Arboleda por Miguel Antonio Caro y la de Mariano Ospina por Estanislao Gómez Barrientos, entre otras, tienen la estructura característica de la de un prócer de la Independencia; generalmente están divididas con subtítulos que hacen referencia a un seguimiento lineal tanto de la vida del biografiado como de los sucesos en que participó.

Cada tomo cuenta con un prólogo o “Carta Prólogo” y algunos, con un “Juicio Crítico” y “Palabras de Oro”. Antonio Gómez Restrepo,<sup>2</sup> Luis Trigueros,<sup>3</sup> Julio Calcaño, Nicolás Esguerra<sup>4</sup> y Ramón Zapata son los autores de los prólogos, y Alejandro Andrade Coello y Fernando de la Vega escriben el juicio crítico del tercer y cuarto tomo, respectivamente. Los tomos segundo a quinto incluyen también las “Palabras de Oro”: una compilación de comentarios sobre la colección por parte de diferentes intelectuales, extraídos de la prensa colombiana.

### Cómo analizar las biografías de Colombianos ilustres

*... la simple narración de sus vidas es ejemplar enseñanza para la posteridad, y si ese relato se completa con los requisitos de genuina crítica histórica que requiere la biografía, en la*

- 2 Doctor honoris causa en Filosofía y Letras del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1931). Entre varios cargos públicos que tuvo, fue secretario privado de Carlos Holguín (1888-1892) y catedrático de literatura de Colombia en el Colegio Mayor del Rosario. Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia.
- 3 Luis Trigueros (1875-?). Su nombre fuera del mundo literario es Ricardo Sánchez Ramírez. Dirigió los periódicos *La Convicción* (1897), *El Bogotano* (1899), *La República* (1900) y *La Prensa* (1907); también fue colaborador de *La Nación* y *El Mercurio* de Santiago, *El Comercio* y *La Prensa* de Lima y *El Diario de La Paz*. En 1903 fue representante al Congreso. Gran parte de su vida la dedicó a la crítica literaria.
- 4 (1838-1923) Abogado y estadista. Ocupó varios cargos públicos y se desempeñó como educador —rector del Colegio del Rosario, se lo calificó como católico ultramontano—. Por causa de los sucesos políticos de 1885 se vio obligado a salir del país, y permaneció cerca de diez años en peregrinación por Venezuela, Costa Rica y Estados Unidos. Volvió al país en la administración de Manuel Antonio Sanclemente y ocupó varios cargos públicos. Fue candidato a la presidencia de la República en 1914.

*acepción científica y moderna de este vocablo, claramente se advierte cómo de ese modo se trabaja, poco a poco, pero con decisiva eficacia, por reconstruir el pasado nacional* (Mesa 1922, XIX).

Para analizar y estudiar las biografías de la colección, se buscó en un primer momento definir categorías de análisis e identificar elementos comunes en ellas. No obstante, al hacer la lectura de las mismas, se encontró una serie azarosa de escritos sin un corpus definido de elementos comunes: los biógrafos podían hacer referencia o no a la familia del personaje, desarrollar teorías o elaborar un escrito puramente narrativo, aludir o no a fuentes con las que reconstruían al biografiado, hacer referencia al entorno del mismo o estudiarlo de manera individualizada. No parecería existir tampoco un método definido para su escritura. Las biografías podían ser cortas o extensas, seguir una narración cronológica o estar estructuradas temáticamente; ser el resultado de un ejercicio metódico y “científico” o el escrito de alguien que traía a la luz sus recuerdos de un amigo, su padre, un familiar. Podían ser también un estudio investigativo deliberado o una nota necrológica o periodística de ocasión.

Por ello no fue sencillo establecer un método de análisis para esta colección; pues, por otra parte, en la época se hablaba de notas biográficas, ensayos, esbozos biográficos y biografías, sin una distinción clara entre estos: las notas biográficas podían superar las 100 páginas, los ensayos podían ser muy extensos o de una página, los esbozos podían ser largos. No fue posible identificar una propuesta metodológica única y definida o algo así como un modelo de construcción y escritura biográfica durante el período estudiado. No obstante, se identificaron dos modos claramente diferenciados en la manera de biografiar, que si bien en apariencia podían ser antagónicos, en muchas biografías se presentaron como complementarios.

Denominé *biografía edificante* al primer modo de biografías, un escrito pedagógico y ameno, cuyo principal objetivo era ofrecer un modelo moral; y *biografía positivista* al segundo modo de biografía, un escrito científico y metódico que estudiaba al personaje desde la psicología,

la determinación del medio, las leyes naturales, la adaptabilidad y la evolución del entorno. He adoptado el término *positivista* siguiendo la calificación que emplearon quienes se opusieron a este tipo de escrito. La designación de biografía edificante es menos problemática. La llamé de esta manera pues quienes se inclinaron hacia este tipo de escrito fueron claros en definir que trabajaban en pro de la moral de sus compatriotas colombianos.

Si bien los autores de este período no hacían referencia a la existencia de dos maneras opuestas de hacer biografías, sí estaban inmersos en una polémica, propia de la época, sobre si se debía abordar al hombre bien desde su alma o bien desde su psicología; esta polémica generó las dos propuestas divergentes de construcción de la biografía.

En el citado comentario de Ángel Donado de 1917, se puede observar la biografía en su doble dimensión: como un escrito narrativo y ejemplar y como un escrito científico y “moderno” que se explica por la preocupación de incluir, dentro de un escrito narrativo y edificante, los postulados de saberes modernos como la biología, la sociología, la psicología, la medicina, entre otros.

Las diferencias entre uno u otro modo de entender la biografía no se debían a opciones ingenuas o a gustos personales; estaba en juego algo más importante que el estilo o la estética. Quienes defendían los estudios de la moral o “el alma” señalaban que los escritos “positivistas” no edificaban moralmente al hombre y, por el contrario, lo llevaban a entender todo desde el sentido de lo utilitario.

En un artículo de 1912, publicado en la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Alberto Corradine señalaba que el positivismo era el sistema reinante entre sus contemporáneos, y postulaba que por ello el pueblo se había quedado sin norte; defendía a quienes se mantenían en el “laboratorio del alma y de sus elevadas funciones” y acusó a quienes practicaban la “psicología experimental” de ser los causantes de que las masas no contaran con pautas morales para desenvolverse de manera adecuada (Corradine).<sup>5</sup>

5 Corradine, apoyándose en los postulados de Hipólito Taine, reivindica el valor de la abstracción sobre el “empirismo brutal” de Augusto Comte. Para Corradine, la teoría de Comte es incompleta, pues al aplicar exclusivamente la experimentación los hombres no pueden inducir leyes generales que necesitan para regirse.

Los biógrafos que abogaban por una escritura edificante legitimaban su trabajo no por oposición a otra manera de hacer biografías, sino desde su diferencia con los “escritos positivistas”. Quienes proponían una biografía en un sentido más científico tampoco hicieron referencia a una manera opuesta de escribir biografías; por el contrario, proponían incluir al escrito narrativo y edificante los nuevos conocimientos adquiridos en el área de las ciencias naturales.

Por todas estas razones, hemos buscado evitar que nuestra metodología resultara reductora y afectara la comprensión de las biografías en toda su complejidad. El procedimiento resultó relativamente útil, pues si bien no podemos afirmar que la biografía edificante o la positivista se hubieran escrito en su forma pura, los biógrafos se movieron entre uno y otro extremo en diferentes grados al hacer sus escritos. Por ello también hemos consultado fuentes distintas a las biografías: se estudiaron los prólogos de los diferentes tomos de la colección, las introducciones de otras compilaciones de biografías, obras como *Idola Fori* de Carlos Arturo Torres, escritos de Antonio José Iregui y fuentes que los biógrafos citaban. Esto permitió estudiar las discusiones sobre la escritura del género y comprender las soluciones que buscaron los biógrafos para hacer sus escritos.

Para abordar la apropiación de los postulados de los biógrafos colombianos, he recurrido al concepto de apropiación, tal como lo propone Olga Zuluaga, quien señala que “apropiar es inscribir, en la dinámica particular de una sociedad, cualquier producción técnica o de saber proveniente de otra cultura y generada en condiciones históricas particulares. Apropiar evoca modelar, adecuar, retomar, coger, utilizar, para insertar en un proceso donde lo apropiado se recompone por entrar en una lógica diferente de funcionamiento” (Saldarriaga, Sáenz y Ospina XIV). Dicha noción me permitió estudiar a los biógrafos colombianos como entes activos que no se limitaron a recibir saberes, sino que actuaron sobre los mismos. También me permitió comprender y exponer cómo estos, al tomar postulados de diferentes ciencias y doctrinas que podían ser contradictorias entre sí, encontraron diversas soluciones y construyeron sus escritos de una manera original.

## La colección

Si bien las diferencias en cuanto a la escritura y al estilo de las biografías de la colección son muy marcadas, encontramos cinco elementos comunes que aparecen tanto en la biografía edificante como en la positivista: primero, su marcado carácter pedagógico y moral; segundo, el trabajo de los biografiados a partir de la noción de “prohombre”; tercero, la preocupación por “dar vida” al biografiado; cuarto, el interés por estudiar al “hombre íntimo”; quinto, el ser escritas por hombres de una élite social e intelectual para hombres igualmente de la élite. Veamos:

Respecto al primer elemento, todas las biografías de *Colombianos ilustres* tienen, en mayor o menor medida, un doble propósito pedagógico: enseñar la historia de Colombia y edificar moralmente. Las biografías se presentaban como un medio óptimo para la enseñanza de la “historia patria”; se decía que su escritura, libre de citas, era más amena que los escritos puramente históricos. Sin embargo, más que la enseñanza de la historia patria, estas narraban la vida de hombres “ilustres” y por ello hacían referencia a acontecimientos históricos nacionales, pero ni su centro narrativo ni su objetivo explícito era narrar la historia del país. En cambio, la enseñanza de valores morales sí era un objetivo central de las biografías de este período. Los valores que se resaltaban en ellas son los del “prohombre”, es decir, las virtudes de un hombre de familia, de un amigo, de un hombre que si bien se desempeñaba en cargos públicos o en campos como la economía, las ciencias, la literatura, también era un hombre común, con una vida doméstica y social.

En una misma biografía de *Colombianos ilustres* se podían defender las virtudes de un hombre tanto en su vida familiar y social como en su vida pública, y también sus cualidades como pensador. Respecto a la vida familiar, se destacan virtudes como el “corazón infantil”, los “sentimientos sencillos y naturales”, la fidelidad a la mujer, la dedicación a los hijos y nietos y el respeto a los sirvientes, entre otros. Respecto a la vida social de los biografiados, los autores resaltaban valores como la prudencia, la pulcritud, la puntualidad, la simpatía, el respeto, la discreción, y se añadían

virtudes compuestas, como el “trato sencillo y familiar”, el “trato ameno”, la “cultura sencillez”, la “conversación llana, sencilla, sobriamente nutrida, apacible y desinteresada”, los “gustos refinados”. En cuanto a la vida pública del personaje, se resaltaban valores como la rectitud, el patriotismo, la honestidad, el desinterés, la tolerancia, y se hacía énfasis en que el motor de estos personajes no era el interés personal sino el “amor por la patria” y que su vida pública era tan impecable como su vida privada. Respecto al carácter edificante de las biografías, en general defendían sobre todo la moderación de los sentimientos y emociones y el espíritu conciliador, aplicado en el campo de la política.

Si bien son pocos los casos en los que un biógrafo defendía una manera de desenvolverse intelectualmente, en la colección algunos autores hicieron referencias aisladas al respecto, o desarrollaron a cabalidad un método de conocimiento. Estos biógrafos defendían lo metódico, lo práctico, lo sintético, la observación, la experimentación, y rechazaban lo dogmático, lo abstracto, lo ortodoxo.

El segundo elemento compartido por las biografías de *Colombianos ilustres* es la presencia de la noción de “prohombre”. Si bien no es común que los biógrafos del período o de la colección definieran al prohombre, la gran mayoría de las biografías están construidas a partir de esta noción; incluso algunas de próceres y mártires de la Independencia. Los prohombres son construidos como hombres del común, destacados gracias al trabajo constante acumulado por largos años de esfuerzo, más que por cualidades excepcionales o dotes sobrenaturales, hombres que, si bien no revolucionaron la historia de su país, contribuyeron a su desarrollo.

Antonio José Iregui es prácticamente el único autor de la colección que desarrolla la noción de prohombre. Propone tener un criterio más amplio para considerar las “grandezas humanas” y reconocer no solo a los hombres de grandes “pueblos” o de antiguos linajes:

*Es mezquino criterio sólo otorgar honor en la historia a los que tienen la suerte de nacer en pueblos grandes o de antigua prosapia. El botánico y el sabio son más justos cuando colocan*

*la orquídea al lado del roble y de la encina. El criterio de las grandezas humanas debe ser muy relativo a las pequeñeces que se solapan aún en los más excelsos genios y en las más deslumbradoras civilizaciones. Hecho el saldo del haber y deber en hombres y pueblos, tanto vale el que fatigó la historia con sus hazañas homéricas, Antár o Aquiles, como el ignorado patriarca de un hogar virtuoso y el silencioso cultivador que dejó en el surco la sangre de su esfuerzo honroso*  
Mesa 1919, 65).

Iregui trabaja con la idea de prohombre, que ve como el hombre del común cargado de valores morales, con cuyos “pequeños” aportes contribuye al desarrollo de su país. No obstante, y en este punto su trabajo va más allá de la idea de prohombre predominante en la colección, postula que este es el hombre que se adapta a los cambios y que piensa por sí mismo. Así, el prohombre es el hombre de ideas que con sus escritos contribuye a organizar y construir la nación:

*La obra de los patriotas se completa con la de los organizadores y escritores. Las batallas ceden a las ideas. A los supervivientes de la gran revolución y a la generación de Camacho Roldán les tocó iniciar y adelantar esta labor como escritores, reformadores y administradores. Cierta empirismo acreditado de eficiente sonrío de la eficacia de la filosofía y de la pluma de constructores de nacionalidades, y sólo la finca en potencialidades de raza y religión. Pero lo cierto es que si estos factores son trascendentales en las concreciones sociales, las transformaciones modernas han sido precedidas de las obras de filósofos, novelistas y poetas, pese a los Bismarck y Napoleones, que aunque rieron de ideólogos, vinieron a ser ejecutores de sus utopías y sueños [...] todas las nacionalidades han sido evocadas por los filósofos y lingüistas, etnógrafos, y folkloristas, coordinadores de hechos de conciencia colectiva*  
(Mesa 1919, 45-46).

La dimensión que brinda Iregui al prohombre y el papel que le adjudica en la historia de una sociedad es mayor que el dado por la gran mayoría de los biógrafos de la colección, pues le da un papel activo en la construcción de “las nacionalidades”.

El tercer elemento común en las biografías de la colección es la preocupación por “dar vida” al

biografiado. La gran mayoría de los autores incluyen: cortos diálogos de los personajes, episodios cotidianos relatados con emotividad, cartas dirigidas a sus hijos con sus respectivas respuestas, poemas a sus amadas, todas estrategias para que el lector “sienta” al personaje. Luis Trigueros, en el prólogo del segundo tomo, hace énfasis en este elemento y lo expone como un aspecto importante de la biografía. Resalta la habilidad de Iregui para construir una imagen fiel:

*... el retrato psíquico del doctor Robles está delineado con admirable dexteridad [destreza]. Es necesario que los retratos –ha dicho Gladstone con su acostumbrado buen sentido– sean fieles, que palpiten con el aliento de la vida, que nos den, no la simple vestidura o la mortaja del hombre, sino el hombre mismo. Y eso lo ha conseguido por manera cabal el señor Iregui: él nos ofrece un Robles de carne y huesos, con sus cualidades y defectos, con sus deficiencias y virtudes, con sus ímpetus de energía y sus inevitables desfallecimientos, plétórico de salud moral y de virilidad intelectual. No menos afortunado fue el señor Iregui en lo que a la forma se refiere. El estilo es claro, rotundo, en ocasiones centellante, esmaltado a trechos de metáforas felices. Esta entre otras muchas: “Lo grande en Robles era el hombre interior. Como el joyel de terciopelo negro, ocultaba un diamante finísimo y de raro tamaño”* (Mesa 1917, X-XI).

Los autores que usaban esta forma vívida de escritura traían a colación o citaban la biografía escrita por William Ewart Gladstone (1809-1898) sobre Lord Macaulay. Antonio Gómez Restrepo, en el prólogo del primer tomo, trae a la luz la siguiente cita de dicha obra:

*El verdadero biógrafo, a la manera del buen pintor de retratos históricos, debe poseer un dón (sic) lindante con las dotes dramáticas: el de evocar la personalidad. Lo que pedimos al retrato no es simplemente una combinación intachable de líneas y colores, que permita reconocer fácilmente el original. Una obra así no es el hombre sino un testimonio de él en debida forma; y lo que necesitamos es el hombre, no el mero testimonio. De igual suerte, lo que pedimos al biógrafo y lo que rara vez obtenemos, a pesar del título de su obra es vida. La mejor de las copias constituye una decepción, si no es más que una copia* (Mesa 1916, XIX-XXX).

El cuarto elemento común en las biografías tanto edificantes como positivistas de la colección *Colembianos ilustres* es la preocupación por estudiar al “hombre íntimo”. Los biógrafos de este período con la palabra intimidad hacían referencia a la vida privada del personaje: su vida familiar o sus espacios de recogimiento y descanso en el campo, todo lo que no era desempeño público. En 1899, Carlos Martínez Silva, en la biografía de Miguel Samper, señala que es primordial hacer referencia a la vida familiar y cotidiana del biografiado, pues “son tales rasgos y pormenores los que mejor determinan la fisonomía moral de un individuo” (Mesa 1917, 128). Asimismo, en 1911, el canónigo Rafael María Carrasquilla en la biografía que hace de su padre, siguiendo la propuesta de la “historia y crítica modernas”, propone trabajar los “pormenores íntimos”, historiar al hombre de “carne y hueso”:

*... la historia y crítica modernas más se pagan de los pormenores íntimos, de los hechos menudos, que de las acciones externas y aparatosas. La escuela pseudo-clásica francesa, con Boileau a la cabeza y Voltaire de reata, mandó no contar a la posteridad sino lo que es digno de la posteridad; frase tonta que supone que los hijos de cada generación han de ser unos señores tan estirados y formalotes que no quieran saber sino las guerras, los tratados públicos, los cambios de fronteras. Y sin embargo, hoy nos interesa más el libro de Napoleon intime de Masson que el Consulado y el imperio de Thiers. Si la historia es “advertencia de lo porvenir” como dijo Cervantes, los de ahora, hombres de carne y hueso necesitamos saber cómo eran los hombres de hueso y carne que nos precedieron* (Mesa 1929, 146).

En 1916, Juan Manuel Goenaga resalta la importancia del “estudio íntimo de los hombres”, al señalar que con este “es como mejor se conocen las condiciones sociales de un pueblo, o sea la psicología de la Nación” (Mesa 1916, 20).

Si bien solo en dos o tres biografías de la colección se define al hombre íntimo o hay referencias explícitas respecto a la importancia de estudiarlo, en casi la totalidad hay una preocupación por estudiar a los biografiados desde esta perspectiva; por ello son comunes fuentes como la correspondencia familiar y narraciones anecdóticas de la vida cotidiana.

Finalmente, el quinto elemento que tienen en común las biografías de *Colombianos ilustres* es que fueron escritas y dirigidas a la élite social e intelectual del país. Legitimadoras de la élite, en ellas está explícita o implícitamente que el hombre de élite es quien con su conocimiento “construye la nación”; J. D. Monsalve, al referirse a Antonio Ricaurte y Lozano, su biografiado, define y ubica económica y socialmente a los “fundadores de la nueva nacionalidad”:

*No fue ciertamente uno de esos personajes que se hicieron notables por sus grandes luces, por una ilustración como la que pudieron exhibir los espíritus que cultivaron las ciencias especulativas y cuya elocuencia era mensajera de conceptos y convicciones; pero sí era hombre que pertenecía a la generación ilustrada de su época; era de los que estaban preparados para figurar entre los fundadores de la nueva nacionalidad. Si en el Nuevo Reino de Granada había educación e ilustración bastantes para fundar una nación digna y capaz de figurar entre las naciones civilizadas, es cuestión que han contestado los nombres de aquellos ínclitos varones que con el carácter de grandes repúblicos aparecieron honrando la magistratura, el foro, el magisterio, la elocuencia, la poesía, las ciencias naturales, las letras divinas y humanas, salidos de la Universidad de Santo Tomás, del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, del Seminario y del Colegio San Bartolomé, del de Popayán, del de Medellín, de los Quito, etc. (Mesa 1916, 312-313).*

En la biografía de J. D. Monsalve, como en la gran mayoría de la colección, no se advierte una intención de postular a la élite como guía para las masas. Sin embargo, como mostraremos más adelante, en algunas biografías el “hombre ilustre” se postula no solo como un individuo de la sociedad con posición social, económica e intelectual privilegiada, sino como el hombre del que depende el futuro de la nación, pues es quien tiene las herramientas intelectuales para serlo.

### **Las fuentes intelectuales de *Colombianos ilustres***

Los biógrafos colombianos de este período construyeron sus textos inspirándose en obras de diferentes campos del conocimiento, y a partir de la apropiación de sus postulados crearon un escrito propio y original. Las obras relacionadas con el

tema de la biografía y los “grandes hombres” a las que hacen referencia son: *Personajes ilustres*. Lord Macaulay. *Estudio biográfico* (1900?) de William Ewart Gladstone; *Los héroes* (1840) de Thomas Carlyle,<sup>6</sup> y *Los hombres representativos* (1850) de Ralph Waldo Emerson.<sup>7</sup>

La obra de Carlyle expone una teoría de los “grandes hombres” de la historia universal y muestra cómo históricamente la humanidad ha rendido culto a los “héroes”. Señala que primero se le rindió culto al “Héroe divinidad”: Odín, luego al “Héroe Profeta”: Mahoma, al “Héroe Poeta”: Dante y Shakespeare, al “Héroe Sacerdote”: Lutero y Knox, al “Héroe Literato”: Johnson, Rousseau y Burns, y por último al “Héroe Rey”: Cromwell y Napoleón. Los héroes descritos no son presentados como modelos a seguir ni son un medio para promover valores: son personificaciones de lo universal que han modelado y conducido la historia. El autor invita a los lectores a reflexionar sobre la importancia del culto al héroe, pues con este se puede evitar el caos de la humanidad.

Emerson, en los *Hombres representativos*, desde la noción individuo-masa, expone una teoría que define y explica cómo aparecen y cómo son útiles a la “muchedumbre” los grandes hombres de la historia; su propósito es explicar cómo llegaron a condesar y absorber toda su época.<sup>8</sup> Para ello se

6 Escritor e historiador, nace en Escocia en 1795 y muere en Edimburgo en 1881. Introdujo en su país el idealismo alemán como base intelectual para un severo ataque al materialismo y al utilitarismo imperantes. John Stuart Mill lo animó a escribir *La Revolución Francesa* (1837), su principal obra histórica. En ella optó por una literatura apasionada –en oposición a la pura narración objetiva de los hechos– con la que buscaba transmitir el “espíritu” de la época. Defendió la necesidad del liderazgo heroico frente a las tendencias democráticas e igualitarias de su tiempo. Obras: *Sartor Resartus* (1834), *Los héroes* (1840), *Pasado y presente* (1843) y *Panfletos de nuestros días* (1850).

7 Poeta y filósofo, nace en Boston en 1803 y muere en Concord en 1882. Conoció a Carlyle y a partir de la apropiación de sus ideas defendió la teoría trascendentalista. Obras: conferencias sobre *La naturaleza*, alocución *The American Scholar* (1837), charlas sobre *Hombres representativos* (1850), *Inglaterra y el carácter inglés* (1856), *Ensayos* (1841-1844), *Método de la naturaleza y el hombre reformado* (1844), *Conducta de vida* (1860) y *Sociedad y soledad* (1870).

8 Para Emerson, los grandes hombres son los que absorben toda su época, quienes se hacen cargo de todo lo cognoscible de la misma: “magnetizan de tal manera a sus contemporáneos que estos pueden hacer por ellos lo que no pueden hacer por sí mismos; y el gran hombre vive así en varios cuerpos y escribe, pinta, o actúa por medio de muchas manos”. Es por ello que “al cabo de algún tiempo ya no es fácil decir cuál es la obra auténtica del maestro y cuál meramente pertenece a su escuela” (*Los hombres* 33-34). El autor señala que la sociedad ignora a todos los trabajadores que sirvieron a este “arquitecto” y reservan para él todo su agradecimiento.

centra en la “utilidad”<sup>9</sup> para sus contemporáneos de los “hombres representativos”; hace referencia al propósito edificante de la biografía de cambiar al hombre positivamente, pero deja claro que son los vivos, antes que los muertos, quienes tienen más efecto sobre las masas. Emerson se refiere a los hombres representativos para mostrar la repercusión de sus actos en la historia universal y sin profundizar en la vida personal, pues “los grandes genios tienen las biografías más cortas. Sus parientes nada pueden decir acerca de ellos. Viven en sus escritos y su vida doméstica y pública es trivial y común” (35). Define a los hombres representativos como aquellos que se distinguen de los demás por su amplitud y receptividad, no por su originalidad,<sup>10</sup> y que buscan siempre la grandeza general, no la individual.

La biografía sobre Macaulay por Gladstone –la que aparece más citada en la colección y tal vez la más influyente entre los biógrafos colombianos– tiene un marcado propósito edificante. A través de un escrito sin intenciones filosóficas o teóricas, se narra la vida del historiador por medio de numerosas anécdotas que manifiestan su moral. Macaulay es presentado por el autor como un hombre del común, que si bien está por encima de los demás por la “intensidad de sus virtudes o dones”, y por el “conjunto de los mismos” es el tipo de hombre que podría llegar a ser cualquiera de los lectores.

Gladstone exalta virtudes como la laboriosidad, la honradez, la sencillez, la humildad, la fidelidad, la persistencia y la nobleza, y hace énfasis en la moderación del biografiado, su “serenidad en medio del ruido y la fascinación”, el equilibrio y la armonía de su ser. La vida privada del biografiado cobra mucha importancia: el autor hace énfasis en que la vida del mismo giraba alrededor de

“profundos y calurosos afectos domésticos”, los que describe con detalle. Gladstone busca, por un lado, edificar a los lectores y, por otro, mostrar al personaje con sus virtudes y defectos. El autor quiere equilibrar la descripción de los defectos y cualidades de Macaulay, sin embargo, no deja de lado su propósito edificante, y por ello justifica todo defecto.<sup>11</sup>

Las fuentes a las que Gladstone acude son principalmente la correspondencia personal y el diario del historiador. El autor se lamenta por la carencia de información respecto a las “creencias que establecen una relación personal directa entre el alma humana y su creador” (*Personajes* 30), manifiesta sus dudas respecto a si este arraigó “en su mente el dogma cristiano, con todos sus consue- los y enseñanzas, y si se abrieron a su espíritu las fuentes de edificación y de deleite, que tantos han hallado y hallarán siempre en él” (31). Gladstone hace evidente que para él no es posible hacer una biografía completa sin tratar la religiosidad del personaje.

En cuanto al estilo, los valores exaltados y la manera de tratar al biografiado, la mayoría de biografías de la colección –especialmente las edificantes– son muy cercanas a la obra de Gladstone. Es claro que algunos biógrafos proponían tomar como modelo la biografía sobre Macaulay –se mencionó que lo citaban cuando hacían referencia a que un buen biógrafo debería “dar vida” a su escrito–; no obstante, al apropiarla, aplicaron algunos elementos y los hicieron parte de una propuesta propia y original. La libertad del género biográfico permitía no solo apropiarse una cantidad significativa de obras, autores y postulados, sino también gozar de mucha autonomía en la forma de hacer sus escritos.

En la gran mayoría de los casos, las obras de Carlyle y Emerson eran traídas a colación por los biógrafos para legitimar su trabajo o para apoyar el postulado de la existencia de los “grandes hombres” de la historia. Sin embargo, las doctrinas de estos teóricos no hacían parte significativa del andamiaje de la gran mayoría de las biografías y es posible que sus autores no conocieran estas

9 Postula que “aprendemos de nuestros contemporáneos todo lo que ellos saben, sin esfuerzo y casi por los poros de nuestra piel” (Emerson 25), de manera que pueden afectar a sectas, partidos políticos, ciudades, poblaciones y hasta épocas completas. En el caso del contacto con los “hombres representativos” ocurre lo mismo: “nos gusta asociarnos con los héroes, porque nuestra receptividad es infinita y en la compañía del grande nuestros pensamientos y nuestras costumbres se engrandecen” (24).

10 Nacen entre la “muchedumbre”, ven lo que los hombres desean y les proporcionan los medios para alcanzarlo; en palabras del autor, un gran hombre “se encuentra en medio de la corriente de los pensamientos y de los acontecimientos, empujado hacia adelante por las ideas y necesidades de sus contemporáneos” (Emerson 129).

11 Hace referencia a las faltas “del pensamiento” del historiador y dice que estas “se relacionaban íntimamente con sus excelencias”; citando a Milton, señala que su pensamiento era “oscuro por el exceso de brillo” (Gladstone 14).

obras más que desde sus postulados más generales. La apropiación de ellas en las biografías positivistas fue mayor, y si bien no fueron las fuentes estructuradoras de sus escritos, los biógrafos positivistas buscaron un punto medio entre el postulado de la existencia de los “grandes hombres” de la historia y el determinismo biológico.

### Los diferentes modos de escribir biografías en *Colombianos ilustres*

Antes de entrar a definir los dos modos de escritura de biografías en el período –el edificante y el positivista–, es importante señalar que hay un grupo de biografías en la colección que no entra en esta clasificación. Son biografías que no están trabajadas desde la noción de “prohombre”, no están inmersas en el debate de la moral/saberes modernos y tampoco comparten los propósitos de “hacer vivir” al biografiado o estudiar al “hombre íntimo”. Si bien se podría decir que hacen parte de un modo de escritura de biografías al que podríamos denominar como “tradicional”, no las analizaremos en profundidad porque hacen parte de una minoría en la colección y porque sus autores se mantuvieron al margen de las discusiones que podrían afectar directamente su escritura.

Las biografías de *Colombianos ilustres* que mejor presentan este modo son la de Miguel Antonio Caro sobre Julio Arboleda y la de Estanislao Gómez Barrientos sobre Mariano Ospina. Estas son narraciones lineales y descriptivas que relatan, por un lado, los actos del biografiado día a día y, por otro, los acontecimientos de la historia de Colombia más próximos a la vida del personaje.<sup>12</sup> No buscan enaltecer a los biografiados o construir modelos; su propósito es narrar la historia de la vida de estos hombres de manera “objetiva”, sin caer en reflexiones o preocupaciones de estilo:

*No ha sido nuestro ánimo hacer el elogio de ARBOLEDA ni escribir una biografía propiamente dicha, con intención filosófica ni poético colorido. Nos hemos limitado a trazar una relación*

12 Los subtítulos de los apartes en los que estructura Caro su escrito hacen ver cómo estas biografías se arman desde una cronología lineal en la que se trabaja al mismo tiempo la vida del personaje y la historia del país: I Educación y primera juventud de Arboleda; II Campaña de 1840; III Arboleda orador parlamentario y periodista (1844-1848); IV Revolución 1851; V Campaña de 1854; VI Campaña de Santa Marta (1860); VII Campaña del Cauca (1860-1861); VIII Muerte de Arboleda; IX Pensamientos de Arboleda.

*fiel de los sucesos en que ARBOLEDA tomó parte, trayendo de atrás las noticias, cuando hemos creído necesario ampliarlas para que lectores poco instruidos de nuestra historia nacional, entiendan mejor la narración (Mesa 1917, 56).<sup>13</sup>*

Esta cita permite ver cómo para 1884 –año en el que Caro hace su escrito– ya se pensaba que la biografía era más que una narración. Caro se preocupó por hacer un texto que narrara de manera fiel la historia de su país, lo que si bien no era lo más común, sí era válido dentro del género. El autor postula que la carencia de intención filosófica o de “poético colorido” hace que su escrito no sea una “biografía propiamente dicha”.

El escrito de Caro y el de Gómez Barrientos no son únicos en la colección. Las biografías de Joaquín Mosquera, escrita por Guillermo Valencia; José Ignacio y Antonio Ricaurte y Lozano, por J. D. Monsalve; José Fernández Madrid, por Arturo Quijano, y José Concha, por Lorenzo Marroquín, tienen una estructura muy similar.

Es significativo que en medio de las discusiones en torno a la biografía, estos autores no entrarán al debate y escribieran sus textos sin poner en cuestión su valor o la manera de elaborarlos. No obstante, eran estos escritos los que daban el valor de objetividad al género biográfico en un momento en el que este no contaba con una metodología única y definida.

### Biografía edificante vs. biografía positivista

La Carta-Prólogo escrita por Ramón Zapata en 1929 y publicada en el quinto tomo de la colección es un documento clave para entender la biografía

13 No obstante, es importante señalar que el escrito de Caro sobre Arboleda es un ejemplo extremo en este sentido. Las biografías escritas de este modo tenían también un interés en ir más allá de la simple narración de hechos históricos y actos de la vida pública del biografiado. La estructura del escrito de Gómez Barrientos nos permite ver cómo se entrelazan tanto la historia de Colombia con el relato de la vida pública del personaje como la narración de su vida privada: / I Niñez y educación universitaria; / II Frutos naturales de la discordia 1828-1830; / III 1830 a 1840; Actuación del doctor Ospina en la política y en la Administración Pública; / IV El doctor Ospina en familia; / V Al través de la subversión de 1840 a 1842. Labor de apaciguamiento; / VI Desde 1845 hasta 1849; / VII Desde 1849 hasta 1857; / VIII Bajo la confederación granadina (1857 a 1861); / IX Evasión y destierro; / X Regreso a Antioquia; / XI Asuntos varios; / XII El doctor Ospina ante la posteridad.

Sin embargo, es claro que la “vida íntima” de los biografiados no es uno de los elementos centrales en este tipo de biografía –como sí lo es en las biografías moral o positivista–. Y si bien Gómez Barrientos incluye la correspondencia de Ospina con sus hijos o “Los consejos a una novia” lo hace en “Asuntos varios”, al final del escrito, como un elemento accesorio.

edificante. Zapata señala como propósito explícito de estas biografías brindar a los compatriotas colombianos un modelo de virtudes a través de la narración de las vidas de los biografiados. Define la biografía como un escrito edificante y la muestra como opuesta a los escritos “positivistas”:

*No quiero hacer un paralelo entre Colombianos ilustres y la vasta colección de libros positivistas que enseñan a inculcar hábitos y tendencias de grosero materialismo y de sensualidad sin ideal, porque mientras estos conducen por los caminos de una desenfadada y absorbente materialidad, la obra de usted [dirigiéndose a Mesa Ortiz] encausa por las luminosas sendas de la espiritualidad propias de una raza que no podrá jamás confundirse ni equipararse con razas imposibilitadas para conceder a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo, una voluntad prepotente para abuyentar del fondo de las almas todas las cobardías morales y dar una orientación ética a los juveniles espíritus (Mesa 1929, VIII).*

Postula que las biografías son la mejor herramienta para inculcar valores, presentar a la juventud un modelo moral<sup>14</sup> y evitar la desorientación producida por los libros “positivistas”.

Zapata trae a la luz un elemento central: cómo las biografías edificantes se entienden como escritos que, al recurrir a los antepasados colombianos, construyen nacionalidad desde lo propio; contrario a lo que ocurre con escritos de otro tipo que hacen referencia a los “vecinos”, es decir, a los extranjeros:

*La obra Colombianos ilustres podría preparar el ambiente propicio al advenimiento de una educación nacional en todo sentido, como el medio más eficaz para defender nuestra patria de la invasión septentrional de tendencias enteramente positivistas y rapaces, babilónica por su confusa grandeza, pero incompleta para una raza que, como corolario del cristianismo, bien sabe que “no sólo de pan vive el hombre”. Las fuentes de renovación moral, constructivas de nuestra nacionalidad, busquémoslas en nuestra propia heredad; las energías para desenvolver nuestra intelectualidad, renovémoslas en nosotros mismos; el consejo, cuando lo necesitemos, no lo re-*

<sup>14</sup> En la gran mayoría de las biografías se concibe la juventud como un momento en el que el hombre es muy vulnerable a sus pasiones y es “víctima” de las consecuencias que se presentan cuando estas tienen más poder sobre él que la razón. En estos escritos es común que las posiciones polarizadas o la participación activa en las guerras civiles se explique por la inevitable acción de las pasiones.

*cibamos del vecino, porque este es nuestro enemigo; clamemos sin cesar por el impulso fervoroso de una educación autóctona, con ideales propios, elevados y fuertes; no toleremos la importación de culturas exóticas que recatan bajo las hojas de oliva y de mirto, que cubren el cesto de frutas del vecino, el áspid ponzoñoso que nos dará la muerte. Laboremos el provenir de Colombia en nuestro propio laboratorio, en ese crisol del nacionalismo más puro que es Colombianos ilustres, ya que, como nos enseña Lamartine, la historia de un pueblo es la historia de sus grandes hombres (Mesa 1929, IX).*

No solo Zapata concibe la biografía y la colección como un trabajo hecho desde lo propio en oposición a las obras que imitaban lo extranjero; en 1917, en *El Colombiano*, Francisco Pérez hablaba sobre los escritos que no eran “realmente colombianos” y señalaba que la obra de Mesa era diferente en este sentido:

*Abundan entre nosotros las publicaciones que no tienen carácter genuinamente nacional. Menudean escritos que, inspirados en Colombia y aquí ofrecidos al público, no son verdaderamente colombianos. Para todo hay que seguir al extranjero en la imitación consagrada: modas, arte, política y literatura. [...] El libro del señor Rafael María Mesa Ortiz titulado COLOMBIANOS ILUSTRES ha sido para nosotros una sorpresa muy grata; en sus páginas se respira un aire nacional y su estudio es refrescante y alentador (Mesa 1917, XXVI).*

Asimismo, Zapata manifiesta cómo las biografías pueden ser una herramienta útil en los momentos de crisis de valores. Para él la colección presenta modelos de austeridad, sencillez, dignidad, laboriosidad, en un momento en el que los hombres son ambiciosos, no tienen sentimientos o ideales, son egoístas y no se preocupan sino por su presente:

*Su obra (Colombianos ilustres) de hondas sugerencias, que enseña con el ejemplo de vidas austeras a ser hombres antes que metalizados fenicios sin ideales ni sentimientos, podría cooperar eficazmente en preparar una generación plena de entusiasmo, enérgica, que con indomable voluntad conjurará la crisis más grave que pudiera amenazarnos, cual es la crisis de la honradez y de la propia estimación. En las jugosas páginas de COLOMBIANOS ILUSTRES se parecen ejemplos de sencillez, de dignidad o de trabajo, condiciones estas incompatibles fundamentalmente con los necios alardes de vanagloria y exhibicionismo de los advenedizos que sin un pasado que respetar no viven sino las ambiciones personales del presente, del éxito*

*momentáneo, del fuego fatuo de la popularidad pasajera, con la mirada fija en la combinación política del día y que, por consiguiente, carecen de la amplia visión del estadista, de la fe en el porvenir que solo se conquista con el propósito firme, la acción enérgica y la educación que comprende la perfección de los hijos, no sólo por la experiencia de los padres, sino así mismo por la inspiración innovadora de aquellos mismos*  
(Mesa 1929, VIII).

La biografía edificante es un escrito sin intención científica, que se dirige principalmente a las amistades, familiares y amigos de los biógrafos y biografiados. Presenta en la gran mayoría de los casos al personaje individualizado, pocas veces se extiende a hacer referencia a acontecimientos más amplios de la historia del país, tampoco se manifiesta en ella una preocupación por teorizar o entrar en las discusiones de la época.

En cuanto a la forma, la biografía edificante es un escrito lineal que narra la vida del personaje desde su infancia a su muerte; no obstante, no lo hace de manera estrictamente cronológica, pues se centra en determinados momentos y episodios de su vida en los que se destaca su moral. El propósito de sus autores es hacer un escrito “ameno” en el que se presenta al biografiado a partir de valores morales, expuestos a través de referencias de su vida cotidiana. En estos escritos, si el biógrafo era un amigo o familiar del personaje, se pone en evidencia la cercanía de la relación y se estructura el escrito a partir de este hecho. Esto se hace evidente cuando Rafael María Carrasquilla inicia la biografía de José Joaquín Ortiz de la siguiente manera:

*“El recuerdo de don José Joaquín Ortiz está asociado en mi mente con las aromáticas memorias de la infancia. Mi buen padre, a quien ligaban con el señor Ortiz vínculos de familia, motivos de gratitud, mutua y nunca entibiada estimación, solía, a vueltas de paseo vespertino, entrar conmigo a la casa de alquilar en que moraba el poeta”* (Mesa 1916, 1).

La biografía positivista está propuesta a partir de los mismos elementos de la biografía edificante, pero añade nuevos elementos y les da menos importancia a otros. Los biógrafos “positivistas” plantean su escrito postulando implícitamente la compatibilidad y la complementariedad de los

elementos de la biografía edificante y de un escrito científico y “positivista”.

En primera medida, la biografía positivista difiere de la biografía edificante en que sus autores la conciben como un escrito que se transforma según las nuevas corrientes de pensamiento y las nuevas formas de escritura. Este modo de escritura mantiene el elemento central de la biografía edificante: el propósito edificante. Antonio José Iregui permite ver cómo la biografía sobre Salvador Camacho Roldán se escribe a partir de un objetivo pedagógico; bajo la idea de la existencia del “hombre superior” postula que “el ejemplo, tomado de más altura, fecunda la vida de los hombres de abajo. La lluvia del cielo, mejor que el arroyuelo, fertiliza el plantío” (Mesa 1916, VII), por ello propone actualizar “la visión de la vida de este ilustre colombiano, para tonificar la nuestra; una como lección vivida noblemente, para conocer mejor lo que es la vida humana templada por el carácter y guiada por el pensamiento y la razón” (VII).

El ejemplo moral que brinda el autor no está construido a partir de presupuestos religiosos —católicos— o de virtudes civiles, sino de nociones tomadas de la biología, como adaptación, evolución y progreso. Iregui promueve una ética “evolutiva” que no obstaculiza el progreso de la nación, presenta un modelo de hombre con una gran capacidad de adaptación a los cambios del entorno. El objetivo de la biografía positivista va más allá del ejemplo moral; por ello Iregui añade:

*... tres pensamientos rigen la urdimbre de este Estudio: el consenso de ideas y sentimientos afines, que den unidad al espíritu nacional; el desarrollo de las fuerzas económicas, que solucionen los problemas del país, y la idealización del sentimiento religioso de la raza, que la preserve contra el gentilismo confesional. Para que calen estas verdades en el refractario subsuelo de la preocupación, hay que afirmar y reevaluar en veces, a la luz meridiana de la prueba* (VII).

La biografía positivista es un trabajo científico y metódico, Antonio Gómez Restrepo señala que “para escribir una buena biografía se requiere condiciones poco comunes, pues el autor debe ser un investigador minucioso, que reúna, clasifique y compruebe todos los datos y documentos,

a fin de no hacer afirmaciones al aire ni atenerse a relatos que no ofrezcan base segura” (Mesa 1916, XXIX). No obstante, por el hecho de que la biografía se plantee como un escrito científico no deja de ser importante la forma, por ello el prologuista añade: “no basta este trabajo previo de depuración crítica que constituye la armazón de la obra: hay que saber dar vida y animación a los documentos y levantar de entre el polvo de los archivos la figura histórica, no pálida y exangüe como sombra que pasó la Estigia, sino con la viveza y el colorido que da el pincel de un pintor” (XXIX).

En cuanto a la forma, la biografía positivista, es un escrito estructurado temáticamente en el que, si bien narra la vida del biografado, esta no hace parte central del cuerpo del escrito.<sup>15</sup> Su estructura es cercana al ensayo filosófico, pues la referencia a obras y postulados de otros autores es muy frecuente. La biografía positivista cuenta además con un lenguaje técnico, cargado de términos “científicos”. La biografía positivista es también un escrito elaborado por la élite y para la élite, sin embargo, no es el mismo caso de la biografía edificante: la primera, al ser concebida como un estudio científico, no se escribe directamente para los conocidos del biografado (o del biógrafo), pero sí para una élite intelectual interesada en asegurar su preeminencia social

15 La división interna de la biografía de Luis A. Robles permite observar cómo el autor no emplea una narración lineal y cronológica centrada en la vida del biografado, sino que estructura su escrito en núcleos temáticos: I Robles público -El ciudadano y el magistrado: La sesión de la Cámara del 9 de Febrero de 1876; Nacimiento de Robles; Estudios; Carrera pública; Albores Regenerativos; Vida profesional; Directorio liberal; La Cámara de 92; Profesorado; Labor; Sus pensiones. / II El hombre -Robles interior: El medio, el tiempo, el individuo; El método histórico; Etología; Fisonomía; Concepto de la grandeza; Robles moral; Optimismo; Disciplina; Carácter; Probidad y modestia; La celebridad; El documento; Sombras de perspectiva; Concepto de la vida: de su labor social; Fetichismo [fetichismo] histórico. / III Robles social é íntimo: Costumbres sociales; La conversación; Ilusión de insuperabilidad; Labores de la generación anterior; Relatividad de la eficacia de las doctrinas y de los hombres; Opacidad celibataria; Escarceos veraniegos; El matrimonio para los intelectuales; Estado moral de Robles. / IV El hombre íntimo [...]. V Robles intelectual: Concepto del pensador libre; Ponderación mental de Robles; Su comprensión de la vida; Abolengo intelectual; Espíritu de autoridad y de libertad; Sentimiento cósmico y de lo infinito; Sentimientos religiosos; Principio de inmortalidad; Noción de la grandeza y destinos humanos; La pequeñez humana. / VI Principios políticos de Robles: Resumen de su vida; Ejemplaridad social; Ideas filosófico-políticas sobre federación y centralismo; Sus rectificaciones; Sus ideas sobre gobierno; Sobre el sufragio universal; Su juicio sobre la Regeneración; Sobre el providencialismo; Su memoria ante la posteridad.

y asumir su lugar como guía intelectual de las masas. En ella el biógrafo se muestra preferiblemente como un estudioso cuyas impresiones personales afectivas o sentimentales hacia el personaje no son plasmadas. El primer párrafo de la biografía sobre Salvador Camacho Roldán nos presenta esto:

*Las primeras impresiones del cerebro imprimen su sello a las concepciones, así como el cuerpo recibe la forma y el vigor del medio en que se desarrolla. Este tronco de la unidad mental, del que nacen las demás facultades, constituye el substratum del temperamento, que es, según Manouvrier, un grado de intensidad de vida nerviosa, a diferencia del carácter, que es un conjunto de modalidades psíquicas y morales que dan al individuo o a la sociedad su sello peculiar* (Mesa 1919, 1).

En la biografía positivista se presenta al personaje dentro de un entorno amplio: se muestra el país desde distintos campos y se hace referencia a acontecimientos internacionales. La noción de “hombre ilustre” u “hombre superior” es central en el escrito como elaboración teórica que, si bien no deja de tener una carga moral, se construye principalmente a partir del concepto de adaptación:

*Por otra parte, los tiempos cambian y los hombres superiores son los que saben interpretar cada edad y adaptarse a las nuevas faces (sic) del progreso. Así, lo brillante heroico tiende a ser reemplazado por lo positivo serio; el ideal se endereza a lo práctico, y el espíritu inductivo prevalece sobre el clásico. [...] es que el mundo marcha, adaptando la vida más al medio, lo que es coeficiente de correspondencia, esto es de más vida* (Mesa 1916, 427).

La noción de “hombre superior” en la biografía positivista se construye también a partir de la tensión gran hombre/masas.

### El hombre ilustre y las multitudes

*... son las masas el granito esencial de la grandeza de las naciones; si dejamos que el nuestro se ablande en las resignaciones del desaliento, ¿sobre qué esculpíremos mañana el monumento de la rehabilitación nacional? Si las superioridades existen, ellas se impondrán, y se impondrán acaso más allá de lo que*

*demanda la equidad; no las estimulemos por el prestigio de la palabra escrita (Torres 1944, 134).*

En las tres primeras décadas del siglo XX había una tensión en la definición de los promotores del progreso de la nación entre el “gran hombre” y las masas. Los capítulos titulados “Las supersticiones aristocráticas” y “Las supersticiones democráticas” en la obra *Idola Fori* (1910) de Carlos Arturo Torres<sup>16</sup> resultan de gran utilidad para comprenderla, y con ello, el andamiaje teórico sobre el que se estructura la biografía positivista y las discusiones en las que estaban inmersos sus autores. Torres expone de manera esquemática el debate en torno al lugar del hombre en la historia: presenta los autores que defienden el libre albedrío, quienes defienden la determinación biológica, y su posición.

Los intelectuales de este período se vieron en la tarea de encontrar la manera de asegurar y establecer por medio de sus escritos la preeminencia del intelectual y del hombre de élite sobre las masas, así como de formular un estatuto histórico para estas. En el epígrafe, Torres propone tener en cuenta la obra de las “multitudes” y se opone al trabajo de quienes enaltecen las “superioridades”. No obstante, al seguir en el análisis de su obra, es evidente que en él, como en sus contemporáneos, predomina la desconfianza hacia el pueblo y la imagen de este como una amenaza pasional, primitiva y violenta. Torres defiende la existencia de las superioridades y tiene plena seguridad de que es de ellas de quien depende el progreso de la nación.

Torres y los biógrafos positivistas de la colección construyeron la noción de gran hombre a partir de fuentes muy diversas: por un lado, tenían ante sí obras como *Los héroes* de Carlyle y *Hombres representativos* de Emerson, que proponían una teoría de los grandes hombres como indi-

16 Carlos Arturo Torres nació en Santa Rosa de Viterbo en 1867 y murió en Caracas en 1911. Estudió en el Colegio de San Bartolomé y luego en el Externado, donde años después fue profesor y vicerrector; también dictó clases en la Universidad Republicana. Dirigió periódicos como *El Republicano* (1896), *La Crónica* (1897), y la *Opinión Pública* (1898), fundó con José Camacho Carrizosa *El Nuevo Tiempo* y *La civilización* (1910). Ocupó cargos públicos como ministro de Tesoro en la administración de Marroquín (1903), y de Hacienda en la del General Reyes (1904), cónsul en Liverpool (1905) y ministro plenipotenciario en Venezuela. Entre su obra encontramos: *Estudios ingleses* (1906) y *Estudios de crítica moderna* (1917).

viduos superiores que deciden sus destinos (y el de los otros). Por otro lado, aparecían las obras de biólogos, sociólogos o médicos que defendían la determinación del medio y la existencia de leyes biológicas sobre las voluntades individuales. No obstante, también leían a historiadores como Hipólito Taine<sup>17</sup> o a filósofos como Jean Marie Guyau,<sup>18</sup> con los que podían proponer una postura intermedia.

Tanto en Torres como en los biógrafos positivistas, la noción de hombre superior o gran hombre fue construida a modo de punto medio entre estas dos posturas: se lo definió como un individuo con cierta libertad, capaz de transformar su entorno y gobernar a sus subalternos, al mismo tiempo que como un organismo individual determinado por el medio en que nace y se desarrolla, y sujeto a las leyes naturales y sociales.

Torres es –junto con Iregui– uno de los pocos colombianos que se propone teorizar este problema: señala que hay dos métodos bien definidos para hacer historia –los que “a manera de exponentes de las dos mentalidades han partido el sol en los debates humanos de todos los tiempos” (Torres 134)–: la primera forma, la “superstición aristocrática”, sostiene el postulado del “elemento personal” como “factor exclusivo” de la historia, exalta a los “hombres representativos más allá de la equidad y de la verdad, hasta la frontera extrema de lo que se me permitirá llamar, valga el neologismo, la *herolatría* o adoración de los héroes (*hero-worship* de Carlyle)” (Torres 122) y “consiste en atribuir a un hombre solo, el mérito de la obra colectiva; en condensar sobre la cabeza de un gobernante, por ejemplo para nombrarla

17 Hipólito Taine: Crítico, filósofo e historiador francés, nace en Vouziers en 1828 y muere en París en 1893. De su numerosa obra escrita hace parte *Les philosophes français de XIXe siècle* –crítica exagerada de la filosofía oficial de su tiempo–; *L'idéalisme anglais, étude sur Carlyle*; *Le positivisme anglais, étude sur Stuart Mill*, y *La inteligencia* –obra en la que desarrolla sus ideas filosóficas.

18 Jean Marie Guyau (1854-1888). Filósofo y poeta francés. No se hallaron referencias a los libros que leyeron de Guyau los escritores colombianos, sin embargo, en la Biblioteca Luis Ángel Arango se encuentran *La morale d'Epicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines* (1878), *L'irréligion de l'avenir* (1886), *La genèse de l'idée de temps* (1890), *Éducation et hérédité: étude sociologique* (1892), *Esquisse d'une morale sans obligation, ni sanction* (1893), *L'art au point de vue sociologique* (1895), *La morale anglaise contemporaine, morale de l'utilité et l'évolution* (1895), *Les problèmes de l'esthétique contemporaine*, y *Vers d'un philosophe*, que llegaron a Colombia –varios de ellos fueron traducidos– y pudieron ser leídos por los biógrafos.

así a los aplausos y cosechas del presente y las veneraciones del porvenir, todos los dispersos rayos de luz que han brotado del genio nacional” (122). El autor colombiano cita a Carlyle, Emerson, Nietzsche, William James<sup>19</sup> y Remy de Gourmont,<sup>20</sup> ubicándolos dentro de esta “concepción clásica” de hacer historia. Postula que la segunda forma de hacer historia se apoya en un concepto sociológico, y

*... aspira a hacer de la historia una verdadera ciencia natural, algo como el eslabón superior de la biología, y rastrea, en todos los acontecimientos humanos la presencia determinante del medio, las influencias climáticas y ambientes, el lazo íntimo que vincula la sucesión de los hechos humanos a la acción de las fuerzas telúricas, la armónica y paralela vibración de la Naturaleza y del hombre, la correspondencia constante de los periodos de la vida de los pueblos con el cambio de los medios geográficos, e inversamente, la transformación modeladora de los aspectos y condiciones terrestres por las actividades étnicas, y, en fin, la múltiple causalidad de los hechos físicos independientes de la humana actuación (119).*

Por su parte, Torres busca una propuesta conciliatoria entre las posturas polarizadas, esta elección no es gratuita pues:

*Observan los psicólogos que la facultad de apreciar los matices constituye el rasgo más relevante que diferencia una inteligencia desarrollada de otra que no lo es. Para el criterio simplista de los salvajes no existe sino lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro, sin que sus sentidos rudimentarios puedan apreciar las infinitas transiciones, las innumerables graduaciones de luz y de calidad que caben dentro de los dos términos extremos que se imponen a su mentalidad primitiva (Torres 103-104).*

19 Psicólogo y filósofo, nace en Nueva York en 1842 y muere en New Hampshire en 1910. Estudió química, anatomía y fisiología en el Scientific School of Harvard y se graduó de médico en Harvard en 1869. Fue profesor en esta última –desde 1872 y por 30 años– de anatomía y fisiología, psicología y filosofía. Entre sus obras están: Principles of Psychology (1890), Varieties of religious experience (1902), Pragmatism (1907), A pluralistic universe (1909) y The meaning of truth (1909).

20 Escritor y poeta francés, nace en Orne en 1858 y muere en París en 1915. Estudió derecho en Caen, luego se trasladó a París en 1881, donde trabajó como encargado de la Biblioteca Nacional de Francia; colaboró en periódicos católicos como Le Monde o Le Contemporain. Sus obras principales son: Sixtine (1890), L'Esthétique de la Langue Francaise (1899), La Physique de l'amour (1903).

Se ubica en el punto medio entre quienes defienden la teoría de los “grandes hombres” y quienes abogan por los postulados que definen al hombre determinado por el medio y sujeto a las leyes naturales<sup>21</sup> –dentro de estos últimos ubica a Novicow,<sup>22</sup> Draper<sup>23</sup> y Grant Allen–.<sup>24</sup> Sigue a Comte, Buckle,<sup>25</sup> Spencer y Taine, quienes “pueden ser considerados como los númenes prestigiosos y

21 El prologuista del libro Idola Fori, García Calderón, defiende también una postura media entre los dos extremos y trae a colación a Guyau, autor que cita también Iregui. “Atribuir a la influencia de un genio político o religioso en la historia la obra definitiva de un siglo, es tan peligroso como soñar en la creación espontánea de los hechos sociales por virtud de multitudes impulsivas. Guyau explicaba admirablemente la relación histórica entre el héroe y la multitud. El medio prepara la obra genial y ésta reacciona y crea (sic) un medio nuevo. No de otro modo en las crisis del avance humano, las transformaciones morales, invisibles en la oscuridad de la turba, en la agitación creadora de la época, hallan siempre personajes, que las sienten poderosamente, las concentran, las realizan” (Torres 12).

22 Cita a Novicow cuando este señala que “todo lo que en estudios históricos no se funde en las ciencias naturales, está edificado sobre arena” (Torres 119-120). Juan Novicow: sociólogo ruso (Kadi-Keni 1849-1917), escribió gran parte de su obra en francés. Partidario de la concepción biológica en sociología, profesaba el evolucionismo, pero rechazaba la selección social, y concedía excepcional importancia al principio de sociabilidad y a la idea de confraternidad humana. Postulaba que la concepción psicológica de la sociología era restringida, pues reducía la sociedad a una entidad meramente cerebral, y que la concepción etnográfica e histórica era inaceptable, pues se limitan a coleccionar hechos sin nexos reales. La parte más original e importante de su doctrina social señala que la lucha y la cooperación son dos fenómenos gemelos en toda evolución cósmica; sostiene también que no solo hay luchas entre grupos animales y humanos, sino también entre organismos que integran un grupo y entre las células de un mismo organismo, aunque igualmente postula la existencia de un factor de alianza. Admitió el determinismo psicológico, pero negó el social. Postuló que se exageraba mucho la influencia de los factores naturales, pues toda verdadera oposición a una reforma colectiva no procede de la naturaleza, sino de los cerebros humanos. Obras: Les luttes entre sociétés humaines et leur phases successives (1893), Les gaspillages des sociétés modernes (1894), L'avenir de la race blanche (1897), Conscience et volonté sociales (1897), La théorie organique des sociétés (1899) y La critique du Darwinisme social (1910), entre otras.

23 Lo trae a la luz, pues este “niega rotundamente el libre arbitrio histórico y pretende para las cosas humanas una rigurosa concatenación determinista: un hecho sale necesariamente de otro”.

24 “Las diferencias entre una nación y otra, ya sea en intelecto, en comercio, en arte, en moralidad, en temperamento general, dependen en último análisis, no de ningunas misteriosas propiedades de raza, nacionalidad ni otras desconocidas e inteligibles abstracciones, sino simple y únicamente de las circunstancias físicas que están sujetas” (Torres 119).

25 Enrique Tomás Buckle: historiador inglés, nace en Lee en 1823 y muere en Damasco en 1862. Profesó que la ley suprema de la civilización es el progreso, en sus dos aspectos: intelectual y moral; el progreso no es posible sin la riqueza, la que depende del suelo y el clima. Buckle no concede importancia a la herencia psicológica. Obras: Historia de Carlos I, Fragmentos sobre el reinado de Isabel, Historia de la civilización de Inglaterra, de la que solo alcanzó a escribir dos tomos de los 15 que había proyectado.

altos inspiradores de la concepción sociológica de la historia” y postula que esta concepción: “concilia y complementa las causas naturales con las causas humanas, el determinismo de las influencias físicas ambientes y la libre iniciativa de la espontaneidad genial, reconociendo, con el criterio sereno que busca la verdad más allá del conflicto de las teorías y encima del campo cerrado de las tesis, a uno y otro factor la realidad de la influencia y el verdadero alcance de su actuación” (120). Tras la senda de H. Taine, sostiene que “los hombres no son antropoides y la sociología no debe ser sólo el estudio de los factores geográficos y fisiológicos, sino también de los factores morales, porque la influencia de la Naturaleza sobre la sociedad no es mayor que la que sobre ella ejercen los individuos que la componen” (120). Añade que este postulado lo comparten Reclus<sup>26</sup> y Karl Ritter.<sup>27</sup>

En el Juicio Crítico del cuarto tomo, Fernando de la Vega hace también referencia a las dos formas de hacer historia: la historia que entiende los grandes acontecimientos como obra de individuos y otra “más moderna” que tiene en cuenta lo colectivo:

*A más de instructiva y deleitosa como lectura, cumple [la colección Colombianos Ilustres] en los otros países de habla española una misión cuasi diplomática, pues tan regio comisionado derrama por doquiera gentileza y afabilidad, y arranca de los que encuentra a su paso fervorosa exaltación por el nombre colombiano. / Trabajos de esta índole los hay en nuestra literatura. La lección de retratos de personajes célebres ha sido siempre del mayor interés; porque un viejo concepto vinculaba al esfuerzo personal aislado en germen y desarrollo de los grandes acaecimientos históricos, y veía en la iniciativa individual la clave de hechos que, según un criterio más moderno, participan del elemento colectivo (Mesa 1922, XIII).*

Siguiendo con Torres, encontramos que este añade que el adjudicar cualidades geniales a un individuo y negar así la obra de toda una colectividad es una “tendencia mental” que ha predominado a lo largo de la historia, y que, a pesar de que la “crítica racional” ha demostrado que las ideas sobre las se construye son falsas, aún en su presente hacen parte de las creencias de la gran mayoría. Señala que estos postulados erróneos han perdurado en el tiempo, pues no se ha llevado a cabo una rectificación del “legado acumulativo de las cualidades que determinaron la discutible superioridad inicial” (122) de estos hombres a los que se ha calificado como superiores.

Torres sigue a Francis Bacon<sup>28</sup> con el postulado de la existencia de “fórmulas” o ideas que, a pesar de que la “crítica racional” ha demostrado que son falsas, continúan en el “espíritu” de los hombres. El autor colombiano señala que estas ideas no solo persisten, aun cuando la fuerza rectificadora de las nuevas ideas demuestra que son falsas, sino también cuando las circunstancias que las hicieron legítimas y necesarias no son las mismas. Señala que esto se explica porque cuando estas fueron verdaderas se “afirmaron” en la conciencia humana. Postula que estas ideas o conceptos “perturban” el presente, se convierten en algo nocivo, en “algo inoportuno” y “excesivo de culto”, lo que lleva a “entenebreceer la inteligencia y la razón”.

Añade el autor de *Idola Fori* que bajo la imposición de “arriba” y ante “la ingenuidad de las multitudes”, el trabajo y el esfuerzo de un pueblo durante siglos se ha presentado en la historia como la obra de un solo “hombre representativo”. Señala también que la fascinación hacia el “héroe” hace que en principio no se proceda con justicia en la valoración de la obra de la colectividad y lleva a

26 Lo cita Torres (120-121) al postular que “La Geografía es la Historia en el Espacio, y la Historia es la Geografía en el Tiempo”. Juan Jacobo Eliseo Reclus: geógrafo francés, nace en St. Foi Le Grand en 1830 y muere en Thorout en 1905. Viajó por Estados Unidos y América del Sur, sobre todo por Colombia.

27 Torres señala que Ritter (geógrafo, nace en Quedlimburgo en 1779 y muere en Berlín en 1859) defiende el paralelismo entre la geografía y la civilización. Junto a Humboldt, fue fundador de la llamada geografía comparada, siendo así el primero en elevar la geografía a la categoría de ciencia, de manera que se dejó de pensar desde el punto de vista de la nomenclatura y la enumeración y se buscó establecer la correlación entre la tierra y los seres que la habitan.

28 Francis Bacon: filósofo y político inglés (Londres 1561-1626). Educado bajo los principios del puritanismo calvinista, estudió leyes y se desempeñó como abogado. Buscó una reforma coherente de las leyes y el mantenimiento del parlamento y los tribunales a salvo de las incursiones arbitrarias de los gobernantes, pero, sobre todo, su objetivo era la reforma del saber. Su propósito inicial era redactar una “historia natural” que debía abrir el camino a una nueva “filosofía inductiva”, pero sus cargos públicos le impidieron llevar a cabo esta tarea. Sometió a revisión todas las ramas del saber humano aceptadas en su tiempo, clasificándolas de acuerdo con la facultad de la mente a la que pertenecían –memoria, razón o imaginación.

que luego se olvide el aporte y el trabajo de la gran mayoría.

Iregui asume una postura similar. Se ubica en los puntos medios del debate, no defiende ni el “fatalismo histórico” que postula el “determinismo absoluto”—señala que sus representantes son Loira o Ingenieros— ni el “espíritu empírico” “de los que creen que el hombre es libre de obrar fuera de las leyes biológicas y mentales que rigen la vida y la voluntad, o que los agregados sociales pueden prescindir del determinismo de las cosas y los fenómenos” (Mesa 1919, 82). Por su parte, postula que si bien el medio físico, el social y la raza “se cristalizan por la evolución, en agentes biológicos y psíquicos, y estos, a su vez, en modalidades económicas, políticas y sociales” (82), “es indudable que el método y el criterio para pensar y obrar, así como la exactitud del conocimiento, deciden del acierto o del fracaso en la conducta de los hombres y partidos” (82). Define así al hombre como “la suma de herencias raciales y las variaciones adventicias, que la vida personal acumula” (213).

Coincide con Torres en postular la existencia de ideas falsas que se afirman en el espíritu de los hombres. Las denomina “ideas generales” y las define como ideas absolutas y abstractas que, al adquirir prestigio de verdades comprobadas, actúan en el hombre como fuerzas capaces de dominarlo y esclavizarlo; señala que estas se presentan como “toxinas que perturban la razón y cohonestan los peores abusos” (Mesa 1919, 213). Explica la existencia de las ideas generales por el “espíritu clásico”, un método científico que no incluye, sin embargo, la experimentación, sino el razonamiento puro, y emplea sólo la deducción. Citando a Taine, lo define como:

*Seguir en toda investigación, sin reservas ni precaución, el método de los matemáticos, extraer circunstancias, aislar algunas nociones muy simples y muy generales; luego (sic), abandonando la experiencia, compararlas, combinarlas y del compuesto artificial así obtenido, deducir por el puro razonamiento todas las consecuencias que encierra: tal es el espíritu clásico (Mesa 1919, 111).*

Para el biógrafo, un principio científico aplicado sólo por medio de la deducción tiene un efecto *contraproducente* en el pensamiento mismo del

hombre. El principio científico, que sería por naturaleza eficiente, mal aplicado o aplicado al objeto equivocado, al no emplear la experimentación y quedarse en el razonamiento puro, genera dogmas o “ideas generales” que impiden las rectificaciones y revaluaciones indispensables para entender un universo que por naturaleza está en constante cambio.<sup>29</sup> A este método científico opone el método experimental, el método que, según nos dice, aplicaba Salvador Camacho Roldán:

*Consagróse con serena imparcialidad a inquirir hechos y verdades, sin curarse de si infirmaban o nó (sic) los principios que había amado, pues los momentos eran de revaluación científica, con los nuevos datos allegados por las experiencias y los avances de las ciencias sociales, morales y políticas. Tal acontecía con la rectificación de los principios absolutos, mayormente respecto de los derechos y libertades tenidas por absolutas, y reemplazadas por un concepto relativo, determinista y adaptado a tiempos y lugares (Mesa 1919, 51).*

Iregui señala que Camacho Roldán rectificaba lo absoluto y daba paso a lo relativo, a lo determinista y a lo adaptado a tiempos y lugares, tres aspectos indispensables para definir el método de conocimiento experimental, ya que son los que permiten al hombre entender y abordar su entorno en pro del progreso. La noción de lo relativo es importante en la medida que lleva a la tolerancia y así a la asociación solidaria de los individuos de una nación, y lleva también al distanciamiento de los intereses de “secta” o de partido.

Luego se refiere a la noción de determinismo, específicamente al determinismo de las leyes biológicas, las que se manifiestan en los hechos y fenómenos sociales. Es importante entender este concepto dentro del conjunto que desarrolla el autor y a partir de su interés por encontrar puntos medios. Al hablar de “determinismo”, Iregui no se está refiriendo a algo absoluto. Si bien nuestro pensador con este concepto se refiere a la existencia de leyes que determinan la vida del hombre, también debe tenerse en cuenta

29 “Porque la verdad se hace cada día, como el Universo de que es imagen espiritual, y si los hechos nuevos que el progreso humano va procurando, no se conforman con las denominaciones anteriores, hay que cifrarlos de nuevo o modificar el sentido de las palabras que los designan, limitando, precisando su alcance. Renovarse es vivir” (Mesa 1919, 107).

que asimismo ha señalado que el hombre cuenta con cierta libertad para intervenir en la sociedad. Iregui señala que Camacho Roldán no ignoraba la existencia de las leyes biológicas y mentales que afectaban el porvenir de cada hombre y de la sociedad. Respecto de los hombres que tienen en cuenta esas leyes, dice el autor:

*“Quien sigue, como CAMACHO ROLDÁN, las leyes sociológicas para conformar a ellas la acción, posee el mejor de los sentidos prácticos, hecho de circunspección y certidumbre, de justicia y utilidad”* (Mesa 1919, 86).

Por último, Iregui analiza la noción de adaptación, que aplicada al medio social se refiere a la adaptación de las creencias y principios del hombre en un momento y lugar dados. Señala que Camacho Roldán estuvo durante toda su vida adaptándose a las circunstancias que se le presentaban y que esto pudo hacerlo al no apegarse a principios y a que estuvo siempre dispuesto a reevaluarlos y renovarlos, si era necesario.

Respecto a la tensión individuo/masa en la noción de sociedad, encontramos en Torres y en Iregui una postura similar en la solución que presentan para “incluir” a las masas como agentes del progreso de la nación. Torres, en su capítulo “Las supersticiones aristocráticas”, propone ser justos y valorar el aporte de las masas para la “grandeza de las naciones”. Se extiende en demostrar que es un error adjudicar a un solo hombre el trabajo que por largo tiempo llevó a cabo una colectividad. No obstante, en el capítulo “Las supersticiones democráticas” postula que todo paso decisivo hacia la civilización se da gracias a las “mentes superiores”:

*Si los hombres de genio o de inspiración hubiesen cedido en su tiempo, a las presiones de la opinión de entonces, habríase retardado centuria tras centuria el advenimiento de la mayor parte de las grandes reformas religiosas y políticas, de las revelaciones científicas, de los maravillosos inventos industriales, de los sistemas filosóficos, de las creaciones artísticas, de las concepciones literarias, de todo cuanto forma el superior acervo de la civilización contemporánea. [...] Todo paso decisivo en el avance humano obra es de las voluntades incólumes y de las mentes superiores que se han atrevido a tener razón contra los demás* (Torres 96).

Así, Torres defiende la obra genial de un individuo que transforma su entorno y la preeminencia del hombre intelectual sobre las masas. El “hombre de genio” es un hombre de élite que se desenvuelve dentro de la misma. Para Torres, solo en este espacio se pueden pensar y dar los grandes pasos hacia el progreso. El “hombre de genio” es diferente al “héroe popular”, pues este último no se diferencia de quienes lo siguen:

*El héroe popular puede tener el valor y el entusiasmo, la fuerza, la fe de los seres primitivos, como tiene su violencia, su espontaneidad, su inconsciencia, la estrechez de su juicio y el arranque de sus acometividades [...] Bien pueden medirse los grados de refinamiento de un espíritu por la ingenua admiración que en él despierte ese exponente original de las energías milenarias y de las herencias bárbaras de la raza* (105).

En Torres, como en Iregui, la democracia se presenta como una amenaza, pues la nación no puede ser confiada a las masas, pasionales y primitivas por naturaleza. El historiador argentino Óscar Terán señala que para el período de 1880 a 1910 en Argentina, la democracia se entendía de manera peyorativa, y muestra cómo, en la línea de Toqueville, Renan y Taine, esta era un “fantasma que amenazaba a las sociedades con un proceso homogeneizador que sólo puede nivelar hacia abajo y para el cual se reserva el término ‘mediocridad’”. Añade que el término “democracia” “no significaba sólo ni prioritariamente un nuevo tipo de legitimidad política fundado en la soberanía popular, sino lo opuesto a un buen orden jerárquico aristocrático. La democracia, en suma, es básicamente un hecho social y no un hecho legal” (Torres 40-41).

Para el caso de Colombia, encontramos una situación similar —tanto en Torres como en Iregui—, una posición directa en contra de la democracia. Torres señala:

*“El creer que muchos pueden interpretar una idea política, defender un sentimiento y comprender los intereses públicos mejor que unos pocos, es una alucinación de la democracia tan difícil de desvanecer, como el más arraigado de los prejuicios religiosos; los dogmas políticos, pesados en la balanza y hallados faltos”* (101).

Iregui se extiende en la caracterización de las masas y es más directo. Divide la sociedad en dos: la sociedad santafereña, cuyos miembros “profesan la política” y se consagran a “cultivos incipientes, industrias ganaderas y comercio rutinario”. Del primer grupo hace parte Camacho Roldán, su generación y numerosos “hombres ilustres” enumerados por sus nombres y apellidos, junto con sus valores morales e intelectuales, sus prestigiosas actividades –llevadas a cabo en los grandes salones o en los centros literarios y políticos– con referencias a su aspecto físico, siempre reflejo de su interior.<sup>30</sup> El segundo grupo está conformado por el pueblo, el “conglomerado indígena”, los obreros, cultivadores, artesanos, una colectividad, un sujeto anónimo. Sus cualidades son el ser obedientes, pacíficos, laboriosos y alegres,<sup>31</sup> y se distinguen por su “alma difusa” y “espíritu cerril”. No son quienes piensan, sino quienes proporcionan la fuerza bruta a la nación.

Iregui piensa el progreso de la nación desde un ámbito puramente intelectual, que depende de los “hombre superiores”, de los “pensadores”, no de las masas, cuyo motor son las pasiones, no la razón: “la sociedad es tanto más selecta cuanto más evolucionados son los individuos que engendra, y no avanza sino por el impulso creador de sus grandes hombres” (Iregui 6). Postula la inexistencia de la igualdad en la humanidad, pues, según las leyes biológicas, “por nacimiento, los hombres no nacen iguales ni libres, sino desiguales en aptitudes, que la educación acentúa” (165); y si bien ante las leyes estatales los hombres son iguales, la desigualdad siempre existirá y se acentuará, pues “las desigualdades de nacimiento y educación, coordinan el consenso” (450). La razón no es accesible a todos y tampoco va a llegar a serlo.

30 De las 30 descripciones, cito algunas para que el lector se haga una idea: “Antonio María Pradilla, organización delicada, corazón amante, fisonomía distinguida, que recordaba el ideal de los pintores en la representación humana de los rasgos de Cristo, que fue, probablemente el hombre más bello de esos días; Santos Gutiérrez, todo resortes de acero, a un mismo tiempo adusto y genial, cuyo porvenir de fama guerrera presentámos instintivamente todos sus condiscípulos; Juan Salvador y Manuel Ignacio Narváez, poeta y escritor muy notable el primero, jurisconsulto eminente, estudioso y serio, sereno y triste” (Mesa 1919, 16-17).

31 Iregui se refiere especialmente a la alegría del obrero de ese entonces, muy diferente al obrero de su presente, “receloso y desconfiado, poco sociable y descontentadizo, trepador y altanero en veces, porque le falta la alegría, que da el trabajo remunerador del esfuerzo, y la expansión natural de su individualidad civil y política” (Mesa 1919, 21).

Caso diferente es el de los sentimientos, los que si pueden llegar a hacer parte de las masas: “No hay que esperar que la razón sea popular nunca. Las pasiones, los sentimientos pueden venir a ser populares, pero la razón será siempre la propiedad exclusiva de algunos elegidos” (333).

La evolución que ve Iregui en el obrero es diferente a la del hombre intelectual: mientras el segundo contribuye directamente al consenso de ideas, el obrero sólo lo hace en la medida que no se presenta como un obstáculo para este último. Ya que el obrero no es y no será nunca un portador de ideas, la evolución lo adapta gradualmente hacia la “vida intensa, por el aprovechamiento de la máquina y de los métodos perfeccionados” (Iregui 10). Es así como Iregui postula la preeminencia del “gran hombre” como constructor de la nación, pues es este el único capaz de impulsar su progreso.

## Conclusiones

La colección *Colombianos ilustres* como fuente de estudio es, ante todo, una muestra heterogénea de un cúmulo de saberes que con una excusa particular –una compilación– y bajo una estructura narrativa –la biografía– condensa el pensamiento y la diversidad intelectual del fin del siglo XIX y comienzos del XX en Colombia. La heterogeneidad en las biografías compiladas se explica tanto por los distintos propósitos con las que fueron realizadas o los diferentes formatos en las que fueron publicadas como por la libertad con la que contaba el género para su escritura.

Al realizar un análisis de las biografías compiladas en la colección, fue posible determinar dos modos de escritura: el *edificante*, que propone entender al hombre desde su moral, y el *positivista* que propone abordarlo desde su psicología. Resulta interesante ver cómo una propuesta teórica y científica incursionó en un género narrativo que tenía un fin descriptivo. Si bien la biografía positivista era también una biografía que exaltaba las virtudes del “colombiano ilustre”, constituía también un elaborado postulado del hombre como guía de masas, un individuo que sabía adaptarse al medio y pensar por sí solo. Los autores de

este modo de biografía, tomando conceptos de diversas disciplinas –biología, medicina, física, etc.– revelaban incluso una intención teórica en la definición de “hombre”.

### Obras citadas

Arboleda, Gustavo. *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*. Bogotá: Biblioteca Horizontes, 1962.

Corradine, Alberto. “El positivismo en Colombia”. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 8. 77 (1912).

Emerson, Ralph Waldo. *Los hombres representativos*. Buenos Aires: Losada, 1991.

Gladstone, William. Ewart. *Personajes ilustres. Lord Macaulay. Estudio Biográfico*. Madrid: La España Moderna, 1900?

Iregui, Antonio José. *Ideario Liberal Doctrinario*. Bogotá: Minerva, 1936.

Iregui, Antonio José. *Nuestra democracia y el obrero colombiano*. Bogotá: Imprenta la Gaceta, 1913.

Mesa Ortiz, Rafael María (ed.). *Colombianos ilustres (Estudios y biografías)*. Bogotá: Imprenta de la República, 1916; Imprenta Arboleda y Valencia, 1917; Imprenta de San Bernardo, 1919 y 1922; Ibagué: Tipografía el Meridiano, 1929.

Saldarriaga Vélez, Óscar; Javier Sáenz y Armando Ospina. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia 1903- 1946*. Bogotá: Colciencias, 1997.

Terán, Óscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Torres, Carlos Arturo. *Idola Fori*. Bogotá: Kelly, 1944.

Urrutia, Francisco José. “Prólogo”, *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*. 1910. Bogotá: Gustavo Arboleda.

■ Fecha de recepción: 16 de mayo de 2008

■ Fecha de aceptación: 5 de agosto de 2008